

1.- Saludo al comienzo de la Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Al saludar a nuestro Seminario Diocesano, pienso, en primer lugar en vosotros, los seminaristas, desde los de primero de la ESO hasta los de sexto de EE. Os doy la bienvenida a los que acabáis de llegar para emprender esta hermosa y apasionante aventura de seguir a Cristo, camino del sacerdocio. Es nuevo para vosotros el Seminario y la vida que él os ofrece. Sin duda os sentiréis acogidos. Algo importante habéis hecho: subir la cuesta de San Miguel. Igualmente os doy la bienvenida al nuevo curso a los que os habéis mantenido fieles y con el corazón esperanzado emprendéis un nuevo tramo, una nueva etapa hacia el sacerdocio. Algunos ya casi lo tocáis con vuestras manos. Lo veis muy cerca. El Señor, que os llamó por vuestro nombre, os espera con ilusión.

Os saludo a los profesores. Es un saludo cordial y agradecido, lleno de reconocimiento por mi parte. Sois conscientes de que, en la viña del Señor, os toca cultivar una parcela por Él muy querida y apreciada. En el horizonte de vuestro esfuerzo y de vuestro trabajo está claramente el Señor y está su Iglesia Diocesana. Debo daros la enhorabuena y os la doy porque contáis con la confianza que Jesús pone en vosotros al pedir vuestra colaboración para formar sus sacerdotes.

Lo mismo os digo a los formadores de Orihuela y de Alicante. Dedicáis las veinticuatro horas del día a acompañar en el camino del seguimiento de Jesús. Muchas veces os he oído decir que vivís el Seminario como el grupo de amigos, que Jesús libremente se escogió. Hoy os corresponde hacer las veces del Señor y así lo ven los seminaristas. Es hermoso el lote que os ha tocado. Vuestra respuesta es la acción de gracias y el compromiso de seguir de cerca a quienes Jesús hoy llama.

Hago llegar también mi saludo a las Hermanas y al personal de servicio de nuestro Seminario. Ellas y todos forman parte de esta casa, de esta familia. Y estoy viendo igualmente la mano y el interés de tantos sacerdotes y de los numerosos amigos del Seminario en las parroquias, en las cinco Vicarías.

Dejo al final, para subrayarlo, mi saludo a ti, Paco. Cuentas con nuestro afecto y amistad. Te recordamos con frecuencia y esta casa y cada rincón, esta capilla está llena de recuerdos para ti. Que te sea grato venir a ella. Tenla por tu casa. Y te agradecemos el gesto significativo de confiarnos a los seminaristas de la Diócesis de Albacete, con tan hondos lazos de comunión con Orihuela-Alicante. Los hemos acogido, están integrados como sabes, son amigos. Y gracias también por venir y concelebrar en este comienzo de curso.

Se abre el curso. Empezad la marcha, en el Nombre del Señor, como siempre. Con la cercanía cálida y materna de la Inmaculada, tantas veces recordada y hondamente querida. Y conociendo el brazo fuerte y decidido de San Miguel.

Hacemos Eucaristía invocando al Espíritu Santo. Jesús está también aquí. Le damos gracias por cada seminarista. Y yo le doy gracias por todos vosotros. Comenzamos y continuamos una obra buena. La llamada del Señor está resonando hoy en cada uno de nosotros. Comenzamos.

2.- Homilía

Queridos hermanos:

Pocas cosas me producen tanta *esperanza* como iniciar el curso en el Seminario. Me viene a la mente la imagen del sembrador, que nos propuso Jesús. Nadie sale a sembrar sin esperanza, nadie avienta con fuerza la buena semilla sin esperar. El Seminario es casa y es campo de enorme esperanza.

1.- Esperanza en el que siembra. Esperanza en quien acoge la semilla. Esperanza que otea más allá de lo inmediato. Porque sembrar, sobre todo en el Seminario, es tener la certeza de que la semilla se multiplicará en campos incontables de la Iglesia Diocesana y, en nuestro caso, en campos también de la Iglesia querida y hermana de Albacete.

Esta esperanza ha de anidar con abundancia en los sembradores. Una esperanza, alentada por el Espíritu, que no defrauda, comenta San Pablo. La esperanza en vosotros, los seminaristas, se expresa en acoger la simiente, guardarla en el corazón. Como era la actitud, que vivía a diario la Virgen María. Guardar no es, en el clima del Evangelio, encerrar, enterrar y olvidar. Guardar es cuidar, es agradecer y es esperar.

Os hablo, en primer lugar de la esperanza, porque es lo que manifestamos al abrir un nuevo curso. Mar adentro. Y descubrir honduras nuevas, rasgos nuevos, que merece la pena conocer. Hablo de la esperanza, porque es virtud de los tiempos recios, duros y oscuros. Nuestra respuesta a ellos es la esperanza. No es el encogimiento, ni el complejo. No es el fundamentalismo intolerante y destructor. La esperanza, que es la confesión sincera del señorío de Jesús.

Porque, cuando se quiebran nuestras fuerzas y nos viene a la mente y a los labios la palabra "imposible", en la Historia de la Salvación ése es el momento de Dios, momento en que Él actúa y despliega su brazo poderoso, como lo llama María, y se oye imperante la voz de Jesús sobre el viento y las olas encrespadas.

La esperanza, a veces, toma el nombre de aguante y paciencia, virtud de Dios, que nos salva, y virtud del sembrador y agricultor, como recuerda San Pedro.

Cuando os comento todo esto, no somos ingenuos. La esperanza es virtud teologal. En Dios tiene la raíz y la fuente, se apoya en Dios, que es roca, baluarte, escudo, refugio, peña, alcázar. Se apoya en la palabra de Jesús, que habla del Padre y de su Providencia y de que Él estará con nosotros cada día hasta que el mundo pase. La confirma el Espíritu, que no engaña, como he recordado.

En esta casa la esperanza cuenta también con la ternura, la cercanía y la mirada materna y vigilante de María, la Inmaculada, que tiene cerca de sí todos vuestros nombres. La llamamos de verdad "esperanza nuestra".

Y también en nuestro Seminario afianza la esperanza el brazo extendido de San Miguel y el grito que es su nombre propio: "*¿Quién como Dios? Quis sicut Deus?*" La Q, la S, y la D, que se repiten en el escudo, y que es una afirmación de victoria y de esperanza.

Por eso nuestra esperanza, sostenida por la fe y alimentada por la caridad es creativa, es obrera, abre futuro.

Todo esto me sugiere el nombre del Seminario y el comienzo de curso, empujado por la esperanza.

2.- Qué espera la Iglesia Diocesana del Seminario.

También esto ha de resonar en esta Eucaristía de comienzo del curso 2005-2006, como ha de resonar cada día.

El Señor, al hacer las primeras llamadas, le salían del corazón, porque estaba viendo la situación de la gente y del pueblo. Y desde esa mirada llena de compasión nos soñó a los sacerdotes, pensó en nosotros, nos eligió, porque quería ayudar a quienes caminaban sin pastor. Nacimos de la compasión de Jesús sobre el mundo y con su Iglesia.

¿Qué espera nuestro Alicante o Albacete del Seminario? ¿Qué esperan estas Iglesias?

2.1 Espera vuestro *trabajo ilusionado y riguroso*, y os lo pide a los profesores y formadores. Los que sois sacerdotes, devolvéis lo que recibisteis, ofrecéis a diario el testimonio cercano de que merece la pena servir con gratitud permanente en el ministerio. Sembrar, por supuesto, requiere trabajo a todos y la condición de que la semilla tenga la garantía de “cualificada”.

Y espera la Iglesia el trabajo de vosotros, los seminaristas. Este trabajo tiene un nombre: formaros, formar vuestra persona y personalidad para el ministerio y tiene el nombre de estudio serio y responsable. En cada momento de vuestra preparación pensad en la Iglesia, que se forma de hombres y mujeres, de niños y adolescentes, a la que están llamados los pobres y también los alejados. Pensad en los pueblos que crecen, a la vez que escasean los sacerdotes. Para vuestro estudio pensad en la Iglesia, como os hace bien tener en cuenta el esfuerzo y el sacrificio de vuestros padres.

2.2. Oyendo también la voz del Concilio, la Iglesia y nuestros pueblos esperan *hombres*, hombres llenos de humanidad. *La Palabra se hizo hombre*. Jesús llamó a Natanael un hombre cabal. La ficha de este hombre que hace la OT es estimulante: Hombres sinceros, de reciedumbre de espíritu y de estabilidad, con la preocupación constante por la justicia, hombres de fidelidad a la palabra dada, de buena educación, con capacidad de tomar decisiones. Es la *madurez humana*, que sostiene la gracia del ministerio y, como en Jesús, por ella se asoma la grandeza del don recibido, un don de servicio y no de dominio.

2.3 Cada día tendréis que pedir al Señor que “*espabile vuestro oído*”. Y que os conceda el oído del discípulo, como suplicaba el profeta. Esto vale para vosotros y para mí. Hace bien pocos días, en el encuentro con los arciprestes, se nos recordaba que los sacerdotes somos *discípulos presbíteros* o, si se quiere, presbíteros discípulos, porque nunca dejamos de ser discípulos. Tened el oído abierto a la Palabra y esto cada día. Sed hombres de escucha, ávidos de la Palabra, hombres de oración serena, profunda, buscada, como hacía Jesús. Y, con el mismo oído, escuchad el clamor y el dolor del pueblo, que en ocasiones no sabe gritar. Es el creyente entero, que tiene hambre de la Palabra, la siembra en el corazón y se sabe llamado a ser profeta.

2.4 La Iglesia espera el hombre de la *comunidad*. Es la comunidad que vive de la Eucaristía, en ella centra su vida y en ella encuentra sentido pleno. La Eucaristía de cada día preparada y esperada, también por Jesús. El Seminario vive de la Eucaristía. La comunidad es un don del Espíritu y es un trabajo diario del sacerdote y ahora vuestro. El Seminario es escuela de comunidad. No es materia optativa. Reunir lo disperso fue tarea de Jesús. En la Eucaristía realizamos cada día la comunión con Cristo, con la Santísima Trinidad, y la comunión solidaria con los hermanos. Queridos seminaristas, Jesús pondrá en

vuestras manos su “obra”, que es la Iglesia, comunidad de creyentes, de seguidores y ya os ejercitáis en ésta comunidad vuestra que es singular en la Diócesis.

2.5 Estos son, dicho pobrementemente, *los pastores según el corazón de Cristo*. Los que se han dejado seducir por Él. Los que quieren crecer hasta la talla de Cristo. Los que ponen sus pies sobre las huellas del Señor. Los que son su icono, como son icono del Padre, y lo transparentan. Los que son libres del todo y disponibles. Los que han dejado las redes, las redes que atan. Los que con el Espíritu son fieles y no dejan el arado al que han amarrado su vida, a pesar de la dureza de algunos días. Los fuertes con la fortaleza que es don del Espíritu. Los que son santos, que para eso hemos sido llamados, escribe San Pablo.

Tres palabras resumen y recapitulan lo que os digo: Jesucristo es todo.

Por eso el Seminario es una enorme bendición de Dios para la Iglesia Diocesana, que lo mira con cariño. Se le ha llamado el “*corazón de la Diócesis*”.

Este curso de modo especial espero con fundamento que en todas las comunidades el Espíritu va a suscitar llamadas abundantes. Es la propuesta y el propósito del Plan Diocesano de Pastoral, que aquí tiene resonancias vivas y fuertes. Gracias a una llamada estamos aquí. La llamada envuelve al Seminario y le da sentido y tarea. Llamada que es susurro, o puede ser viento y fuego. Fuego deja siempre la vocación. El corazón arde en quien escucha esa llamada.

Tal vez los más pequeños no habéis comprendido bien mis palabras. Sí sabéis lo que es una semilla. Pensamos que Jesús, vuestro amigo, ha sembrado en cada uno esta simiente de la vocación. Seminario quiere decir algo parecido a “semillero”, es decir, el lugar donde, siempre con vosotros, se cuida y se cultiva la semilla. La veréis crecer, como lo estáis viendo en los seminaristas mayores. Muchos fueron seminaristas pequeños como hoy lo sois vosotros.

Merece la pena el Seminario. A esta Eucaristía traéis limpios los meses del curso y vuestras vidas y, a la vez, oigo el eco que dice: ¡Aquí estamos, Señor! Es una suerte para la Iglesia y para mí veros a todos en estos momentos celebrando la Eucaristía. Buen curso. Sin miedo. Repletos de esperanza.